



*LAS CINCO PARTES DEL MUNDO DÁNDOSE LA MANO (1936) DE JOSEP M. SERT.
DECORACIÓN DE LA SALA DEL CONSEJO DE LA SOCIEDAD DE NACIONES, GINEBRA.*

LA INMIGRACIÓN EN CATALUÑA



SERT. SALÓN DE CRÓNICAS DEL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA.

EXISTE EL PELIGRO REAL DE CONDENAR PARA SIEMPRE A LA MARGINACIÓN A HOMBRES Y MUJERES QUE, CON UNA PEQUEÑA AYUDA, PODRÍAN SALIR DE ELLA. ESTO ACABARÍA TENIENDO, ADEMÁS DEL COSTE HUMANO, UN ENORME COSTE ECONÓMICO Y MORAL. EN CATALUÑA HAY MUCHAS PERSONAS Y ENTIDADES QUE TRABAJAN PARA EVITAR QUE ESTE PELIGRO ACABE SIENDO REALIDAD.

ÀLEX MASILLORENS JEFE DEL DEPARTAMENTO DE MIGRACIÓN DE CÁRITAS DE BARCELONA

Entre los años 1939 (cuando finalizó la Guerra Civil española) y 1975 (cuando murió el general Franco), la población de Cataluña pasó de 2,9 millones de habitantes a 5,3 millones. La mayor parte de este incremento tan espectacular se debió a la llegada masiva de trabajadores procedentes de zonas mucho más deprimidas del Estado español.

En realidad, Cataluña fue, durante muchos años, el motor de la industrialización española, lo que provocó que mu-

cha gente de zonas rurales donde prácticamente no existían puestos de trabajo, viera en la emigración a Cataluña una de las pocas maneras dignas de salir de la miseria. Evidentemente el franquismo nunca llevó a cabo la necesaria reforma agraria.

En aquellos años, el peso de la población catalana en el conjunto español pasó del 11,2 % de 1940 al 15,6 % de 1975, contando con el 16,2 % de la población activa de todo el Estado. A partir, especialmente, de los últimos años

50, en Barcelona y su cinturón, y en otros puntos más industrializados de Cataluña, empezó a necesitarse mucha mano de obra barata, que se conformara con los trabajos más bajos y peor remunerados de todo el escalafón laboral. Este trabajo lo realizaron principalmente los andaluces, extremeños, gallegos, aragoneses y murcianos, que llegaron buscando una vida menos indigna. Esta avalancha inmigratoria podía haber resultado mucho más conflictiva de lo que fue, e incluso podía haber tenido



SERT. CATEDRAL DE VIC (DETALLE).

un efecto muy negativo para la sociedad catalana. Cataluña había perdido todas las libertades nacionales al terminar la Guerra Civil, y sus ciudadanos habían tenido que renunciar a la cultura que les era propia y al uso público de su lengua. Y justamente la llegada masiva de inmigrantes coincidió con un momento en el que volvían a intentarse iniciativas culturales semipúblicas de tipo catalanista, y se empezaban a publicar algunos títulos en catalán. Para los trabajadores que llegaban de fuera, existía el peligro real de identificar la lengua y la cultura catalanas con los patrones “explotadores”, y de que ello les llevara automáticamente al rechazo de todo lo que les pareciera “demasiado catalán”. Lo cierto es, sin embargo, que determinadas fuerzas sociales, como partidos y sindicatos ilegales, e incluso algunos movimientos vinculados a la Iglesia, jugaron un papel cohesionador y concienciador a favor del respeto y de la pluralidad, que se ha demostrado históricamente muy importante.

Hoy, a pesar de que las condiciones en las que vivió la mayoría de los inmigrantes fueron muy duras, ya que hubo muchos barrios de autoconstrucción, barraquismo, ciudades-dormitorio sin ningún tipo de planificación urbanística ni los servicios más elementales, la integración de aquellos inmigrantes es ejemplar, y la relación entre catalanes de origen y los que vinieron de fuera y sus descendientes es tan natural, que apenas sí hay diferencias entre unos y otros. En realidad, todas las fuerzas de tendencia nacionalista se nutren, en un porcentaje nada despreciable, de perso-

nas de segunda y tercera generación de residencia en Cataluña. Lo cierto es que ahora, mayoritariamente, el catalán es conocido, cuando no hablado, por la mayoría de la población de Cataluña, sin grandes diferencias entre los “catalanes de toda la vida” y los que han llegado durante los últimos treinta y cinco años. Sin embargo ahora, quizá por mimetismo respecto de otros lugares de Europa, nos ha invadido el miedo a lo que pudiese suceder con los nuevos inmigrantes, aquéllos que proceden de países del Tercer Mundo. Por esta razón, y para evitar errores lamentables, hay que afirmar rotundamente, en primer lugar, que no hay ninguna “avalancha” ni “invasión”, como algunos alarmistas han querido hacer creer. Los últimos estudios más fiables indican que la presencia de extranjeros en Cataluña (incluyendo a los comunitarios y a los del resto del “Primer Mundo”) no supera en ningún caso el dos por ciento de la población. En este sentido, debe tenerse en cuenta que en países europeos donde se empiezan a plantear serios problemas de racismo, rechazo, marginación, violencia, etc., los porcentajes de inmigrantes superan, en algunas ciudades, el 35 % de la población.

En segundo lugar, y contrariamente a lo que piensa mucha gente, que no había descubierto hasta ahora que existían los marroquíes o los gambiaños, hace ya algunos años que hay inmigrantes del Tercer Mundo en Cataluña, y en ciertos lugares en proporciones no demasiado alejadas de las actuales. Hay que recordar aquí las llegadas relativamente importantes de latinoamericanos a lo largo

de los años setenta, huyendo de las dictaduras de sus países; entre éstos destacan, por el número de perseguidos, Chile (1973) y Argentina (1976), pero no fueron los únicos estados americanos de donde llegaron inmigrantes. Ya anteriormente, en los últimos años sesenta y los primeros setenta, se inició una presencia continuada y cada vez más notable de africanos negros en determinadas zonas rurales y/o turísticas, que se dedicaban principalmente a las labores del campo y a la artesanía, y ya en aquella época vinieron asimismo decenas de miles de marroquíes hacia el cinturón industrial de Barcelona. Entraron ilegalmente y en realidad no tuvieron muchos problemas, ya que era un momento de expansión, y se necesitaba una mano de obra más barata que la del país, que soportara una explotación aún mayor, y que contribuyera a hacer posible la materialización de los grandes planes de desarrollo, basados principalmente en las inversiones en infraestructuras y servicios. En un primer momento, esta mano de obra no se instalaba definitivamente, y muchas veces se escapaba a Francia en cuanto tenía ocasión. Muchos de los marroquíes trabajaron en durísimas condiciones en la construcción de las primeras grandes autopistas españolas.

Al consolidarse la crisis económica, hacia 1975, una gran parte de la inmigración extranjera procedente del Tercer Mundo pasó de la movilidad a la estabilidad. Como apunta Teresa Losada en su trabajo “La immigració marroquina en els últims vint anys”, recogido en el volumen *Els treballadors africans a Ca-*



SERT. SALÓN DE CRÓNICAS. AYUNTAMIENTO DE BARCELONA (DETALLE).

talunya. Aspectes socials i culturals, publicado por la Fundació Jaume Bofill de Barcelona, “durante los 10 o 15 últimos años, profundos cambios económicos, políticos y culturales modifican el perfil de la inmigración, y desembocan en la doble paradoja de la coexistencia de trabajadores extranjeros con el desempleo y el divorcio entre inmigración y exigencias de la producción. En el aspecto demográfico este cambio se traduce en el paso de una clase específica de trabajadores manuales a una población extranjera, por la sustancial aportación de generaciones nuevas, y en el hecho de que los trabajos manuales los ocupa ahora una población extranjera, con un índice de reproducción más elevado. La mayoría de marroquíes se ve actualmente abocada a trabajar en tareas agrícolas, en campos laborales que nadie quiere, bajo un paisaje industrializado que no acaba de superar las secuelas de la crisis. La inmigración (...) ya no se considera como un fenómeno secundario y transitorio, sino que es una realidad que se refiere a todos los campos de nuestra sociedad: cultural, político, económico y religioso”.

El Estado español ha perdido una ocasión de oro para llevar a cabo con eficacia un denominado “proceso de regularización de trabajadores extranjeros” (a caballo entre la amnistía y el censo), pero esta regularización ha sido la última “chapuza nacional”. Se ha hecho mal, se han pisoteado los derechos fundamentales más elementales de los inmigrantes, se han extraviado expedientes, se han cometido innumerables agravios comparativos entre personas de

situaciones casi idénticas, etc. Al final, lo que se ha conseguido es que siga habiendo decenas de miles de inmigrantes en situación de ilegalidad; que se “expulse” a extranjeros, a los que se deja indocumentados y con una orden de expulsión en el bolsillo que nadie ejecuta (y que legalmente no podrán trabajar nunca ni alquilar una vivienda); que las cárceles estén repletas de extranjeros sin ninguna esperanza de rehabilitación, etc. Entre los “legales” tampoco es todo de color de rosa: la administración se ha empeñado en denegar las reagrupaciones familiares, impidiendo que muchos trabajadores que llevan años trabajando aquí puedan traer a sus familias y empezar a hacer proyectos con una mínima estabilidad y perspectiva de futuro. Existe el peligro real de condenar para siempre a la marginación a unos hombres y mujeres que, con una pequeña ayuda, podrían salir de ella. Esto acabará teniendo, además del coste humano, un enorme coste económico y moral. Por esta razón, en Cataluña hay muchas personas y entidades que trabajan para evitar que este peligro acabe siendo una realidad. Pero sería enormemente injusto obviar que también hay zonas extensas del país que han superado con holgura la prueba de fuego, y en las que, aunque la presencia de trabajadores inmigrantes es muy notable, su integración y la aceptación por parte de la población autóctona son ya una realidad irreversible.

Las organizaciones no gubernamentales (ONGs) y las entidades sin ánimo de lucro que se dedican a la atención directa de los trabajadores inmigrantes que

viven en Cataluña, cubren un considerable abanico de actividades. Así, además de la atención social a familias, que es lo que debemos hacer prioritariamente si queremos evitar (en la medida de lo posible) que los inmigrantes vayan cayendo sistemáticamente en la marginación, se hacen otras cosas a largo plazo. Por ejemplo, el seguimiento de la escolarización de los hijos e hijas; o el apoyo legal y jurídico, sobre todo para defender los derechos reconocidos a los inmigrantes y, en general, a los ciudadanos españoles, y para lograr también los permisos de residencia y de trabajo. Asimismo es importante velar por que los inmigrantes accedan a las pensiones que por ley les puedan corresponder, o en ciertos casos incluso a la nacionalidad. Las entidades ofrecen también cursos de alfabetización para adolescentes y adultos, y de formación global para mujeres, así como cursos de información laboral para ambos sexos. Del mismo modo, se intenta que no queden niños sin escolarizar, ya que en este momento, en Cataluña, las escuelas públicas admiten a los niños y niñas que están en situación legal y a los que no. Con frecuencia también hay que ayudar económicamente para pagar becas de libros o de comedor a los estudiantes, o para poder acabar de pagar la vivienda, o incluso la alimentación.

Finalmente, nos parece que no podemos obviar en modo alguno la tarea de divulgación y de denuncia. Hay que explicar cómo viven los inmigrantes en nuestro país, cuáles son sus problemas y, por encima de todo, cómo pueden resolverse día a día. ●